

Miguel Valderrama, *Traiciones de Walter Benjamin*. Buenos Aires: Ediciones La Cebra y Editorial Palinodia, 2015, 112 pp.

Para el filósofo alemán Walter Benjamin (1892-1940) la modernidad dinamitó con sus señas de identidad y sus conflictos un tipo de memoria que él calificaba de experiencia transmitida (*Erfahrung*), que se perpetuaba de manera casi hereditaria forjando identidades. Mientras que este tipo de experiencia era típica de las sociedades tradicionales, la modernidad obligó a la experiencia vivida (*Erlebnis*), estrechamente ligada al cortejo fúnebre que asoló Europa durante los treinta y un años que distan entre el inicio de la Primera Guerra Mundial y la bomba atómica. Benjamin dio cuenta de la decadencia de la narración oral después de estos acontecimientos, pues historia y lenguaje están inextricablemente unidos. Pues bien, descubrir la relación que se da entre la experiencia histórica y su reflejo escrito en la lengua materna y en la de acogida –la de traducción–, con todas sus problemáticas y obstáculos insalvables, constituye el objeto de estudio que el historiador chileno Miguel Valderrama analiza con éxito en *Traiciones de Walter Benjamin*.

Esta obra anuncia una provocación desde su mismo título. Se niega a esconder una sensación de estimulante incomodidad que acompañará al lector a lo largo del centenar de páginas que conforman la obra. Incomodidad relativa a las numerosas preguntas que contiene, siempre acompañadas de una repuesta en tono incluso poético, estéticamente superior a cualquier contestación banal o superficial. En su ensayo, Miguel Valderrama parte del prefacio que Benjamin escribió para *La tarea del traductor* (*Die Aufgabe des Übersetzers*) con motivo de su traducción al alemán de los *Tableaux parisiens* del poeta francés Charles Baudelaire. A través de seis breves apartados Valderrama esboza una historia teñida de una especificidad claramente chilena de las traducciones y comentarios de Walter Benjamin; reservando un sitio de honor para las aportaciones efectuadas sobre el tema por parte de los filósofos Pablo Oyarzún y Andrés Claro, cuyas interpretaciones articulan en muchas ocasiones los debates y discusiones plasmadas en el libro.

Coeditada en el año 2015 en Buenos Aires por la editorial Palinodia y por Ediciones La cebra, la obra comienza con una escueta “Advertencia” que precisa el objeto de estudio. Este breve ensayo no polemiza con los términos alemanes empleados por Benjamin sino con el castellano como lengua de traducción. Estamos, por lo tanto, ante una obra que va mucho más allá de una historia de la traducción del pensador alemán; fomenta, por el contrario, la interrogación por una lengua, la nuestra, que como todas “vela y desvela a cada paso un cierto concepto de historia” (pág. 12).

El primer apartado del libro propiamente dicho, “Diccionario”, delimita una polémica que nos acompañará durante toda la obra y que constata el nexo entre el ejercicio de traducción y el concepto mismo de lengua y de historia. A raíz de la prolífica traducción de las voces benjaminianas *Überleben* y *Fortleben*, empleadas por el pensador judeo-alemán en su célebre texto, Valderrama nos adentra en un campo más amplio que el meramente lingüístico. Los intérpretes de Benjamin han procedido a una traducción indiscriminada de ambos términos como “supervivencia”, un ejercicio calificado por Valderrama de ceguera porque para él el término “sobrevivencia” –más

arraigado, es cierto, en el castellano latinoamericano que en el hablado en España—podría aportar matices enriquecedores que harían más justicia a los diferentes términos usados por Benjamin. Por ello, para Valderrama los intérpretes que traducen ambos conceptos como “supervivencia” estarían “ciegos a la ceguera de las lágrimas” y serían “insensibles al sufrimiento de la propia historia” (pág. 18), y es que no implica lo mismo aseverar que la vida de una obra brota de su supervivencia que de su sobrevivencia (sobrevivencia es el término fetiche de Valderrama). Lo primero implicaría una vida más allá de la propia obra, lo segundo un duelo suspendido en la lucha constante contra su pérdida, contra su derrota. Por lo tanto, aunque predomina el uso del término “supervivencia”, la sombra de una suspensión de dicha vida y la amenaza constante de la caída en el abismo que encierra el concepto de “sobrevivencia” siempre están presentes.

El lenguaje refleja y estigmatiza las experiencias trágicas del pasado, discriminando en sus vocablos y acepciones condiciones diversas de existencia y de rememoración. Así, por ejemplo, mientras que la figura del sobreviviente, “condición estructurante del lazo social” (pág. 13), quedaría intrínsecamente ligada a su propia *supervivencia* como testigo que recuerda, a la *sobrevivencia*, por el contrario, le correspondería el paradigma del desaparecido —opuesto por entero al testigo que tiene posibilidad y voluntad de testimoniar—, porque su “relación suspensiva tanto con la vida como con la muerte” *testimonia con su ausencia* “la confusión de una caída sin fin ni lugar” (pág. 15). Se trata de una categoría, la de desaparecido, que ha jugado un papel destacado en las sociedades sudamericanas a raíz de la experiencia cruel de las dictaduras en el Cono Sur, y que todavía hoy hiere a la opinión pública con tristes casos como el sufrido por Santiago Maldonado. En Chile, lo mismo que pueden significar para Argentina y otros países, las figuras del desaparecido y del duelo inacabado y sempiterno, quedan constituidas en claves de interpretación incluso lingüística con motivo de su trágica experiencia histórica.

La *era del testigo*, como la definió Annette Wieviorka, que comenzó hace ya unas cuantas décadas, trastocó los fundamentos sobre los que la historiografía creía asentarse; asociada a la revisión crítica de los relatos nacionales, dicha *era* potenció a la memoria como un factor central en el proceso de reconstrucción histórica de la historia en la que los vencidos debían ser redimidos, debían ser salvados de su derrota continuada incluso después de muertos. Aún más, en los últimos años parece que *la era del testimonio* ha dejado paso a una *era de la víctima* en tanto en cuanto, en los tiempos actuales, no se trata únicamente de dar testimonio, de alzar la voz, sino de exigir reparación y justicia por parte de los tribunales y las instituciones públicas.

El pasaje sobre la supervivencia/sobrevivencia, sin duda el más complejo del texto benjaminiano, sigue recibiendo la atención del historiador chileno a lo largo del segundo capítulo, “Traducción”. La ceguera de la que habla Valderrama sería, más bien, “una ciega pulsión genealógica” (pág. 21) que nos remitiría, de nuevo, a otra traducción en cierta forma equivocada. En este caso nos estamos refiriendo a la palabra *Wehen*, interpretada por ciertos autores como dolores de parto. Una pulsión genealógica, dice Valderrama, porque ese acto vital impregnaría el nacimiento de un texto lo mismo que el de una vida, pero que esconde una acepción más general del término, pues *Wehen* se refiere a cualquier sufrimiento y no únicamente al asociado al alumbramiento de lo

nuevo. De hecho, relacionado en muchas ocasiones a *Überleben*, a la vida más allá de la muerte, lo más apropiado sería traducirlo como el inverso a “dolores de parto” –dolores de muerte” propone Valderrama–, en un ciclo en el que la vida impregna la historia, la lengua y la batalla constante que se da en ambas.

En este orden de cosas, alertados por lecturas más precisas provenientes de autores como Jacques Derrida o Paul de Man, intérpretes en lengua castellana como Pablo Oyarzún y Andrés Claro se han mostrado conscientes de la necesidad de adecuar la traducción castellana del término *Fortleben* de una manera más precisa: el primero como “pervivencia”, el segundo como “posvida”. A este respecto, qué duda cabe que la elección por una traducción u otra es un gesto de valentía, más aún en la obra de Andrés Claro, que no solo abandona –para la mayoría de los casos– la idea de traducir *Fortleben* por “supervivencia”, sino que pasa a traducir *Überleben* como “sobrevida”, en un intento de respetar las marcas de singularización de los términos alemanes originales y de “hacer visible la serie de nexos vitales presentes en las obras y en la historia” (pág. 29).

Todas estas disquisiciones se formulan en torno al texto de Benjamin *La tarea del traductor (Die Aufgabe des Übersetzers)*. Ahora bien, ¿cuál es esa tarea (*Aufgabe*) que debe realizar el traductor? ¿En qué consiste dicho ejercicio? Estas son las cuestiones que articulan el tercer apartado de la obra de Valderrama. *Aufgabe*, voz alemana que da nombre al capítulo, se ha interpretado de diversas maneras a lo largo de los años. Valderrama destaca en su obra la lectura que hace del término Jacques Derrida, como deber y compromiso, y la realizada por Paul de Man, quien veía en él ciertas trazas de abandono, de renuncia. Valderrama, por su parte, interpreta *Aufgabe* como un desvelamiento que convierte en visible lo oculto, es decir, la tarea remite a una traición. De este modo, traducir no sería más que la huella de una traición que no puede evitar cometerse pues está implícita en la tarea misma del traductor.

Algunos autores han ido todavía más lejos y han adelantado ese ejercicio de traición a un *a priori*, tal es el caso de Pablo Oyarzún. Para este el saber del traductor “ nombra la tarea de un sujeto que sólo está en condición de decir en cuanto se desdice de aquello que autoriza su decir” (pág. 45), una traición cometida con anterioridad al ejercicio de comunicación y, por ende, autónoma en su existencia y desarrollo respecto de cualquier cultura o comunidad social. Se trata de una conceptualización de la traición que, para Valderrama, fija el propio borde o límite de la teoría de Oyarzún.

En cuanto “presencia discreta [que] hace posible la captación de un concepto de traducción que orbita en torno al nombre y la llamada, la fidelidad y la traición” (pág. 38), la *Aufgabe* se articula en torno a la dicotomía fidelidad/traición, recogida en el capítulo “Traiciones”. Al no existir un tercer texto con el que cotejar el original y la traducción, esta “sería siempre una práctica errante dividida entre el deseo de fidelidad a la lengua extranjera y el deseo de la fidelidad a la lengua propia”; esta actitud comportaría en sí misma una traición en cuanto se quiebra el secreto “que toda lengua porta” (pág. 52) y que la separa de otra.

Sin duda son temas que vuelven a tratarse en los dos capítulos finales, especialmente en el último (“Sincategoremas”). Con anterioridad, en el apartado

titulado “Heidegger”, Valderrama traza una breve, pero fructífera, comparativa entre la teoría del lenguaje benjaminiana y la heideggeriana; al mismo tiempo, singulariza la postura de Andrés Claro respecto de la de Heidegger: mientras que la obra del primero encara el reto de un pacifismo poético, el filósofo alemán quedaría inscrito en la guerra entre lenguas.

Para ir concluyendo, la obra de Miguel Valderrama nos transporta al punto de unión, y por tanto de tensión, entre la historia y la lengua. Una lengua, el castellano, que ha expresado a lo largo de su evolución secular relaciones de poder y conflictos socioculturales que han impregnado de manera notable su desarrollo. En sus acepciones y expresiones conserva el privilegio del rico respecto al pobre, la desigualdad de la mujer frente al hombre, la explotación que el colono hizo del colonizado, etc. Y al mismo tiempo, dicha lengua lucha contra sí misma cuando se lanza a la tarea de la traducción. En una especie de juego que constata ausencias y reclama presencias imposibles la existencia, el recuerdo y la perdurabilidad de una obra en sí y por sí –su vida y su supervivencia– difiere de una otorgada, dada o leída desde fuera. Mientras que la primera, original, queda expresada en la lengua materna, la segunda viene mediada por el ejercicio de traducción (de traición) propio de la lengua extranjera en que se plasma.

La pregunta por la traducción es un cuestionamiento de la propia lengua y de la historia de la que es guardiana; al fin y al cabo “la *Aufgabe* benjaminiana sería la tarea de las lenguas del exilio” (pág. 38), exilio en el que Benjamin vivió varios años y que vio acontecer, en su última estación, la de Portbou, el fin de sus días. Es una interrogación también sobre la génesis de una obra, la labor del traductor y el horizonte abierto de tradiciones que se despliegan cuando el texto abandona la lengua materna y batalla por seguir existiendo en lengua extranjera. Por todo lo dicho, *Traiciones de Walter Benjamin* constituye una historia de las distintas lecturas del pensador alemán en Chile que Miguel Valderrama sabe expresar en un lienzo poético que nos acerca a la función del lenguaje y a su relación con la experiencia del pasado y la lectura de nuestro presente.

Jorge Garcés González
Universidad de Zaragoza
jorgegarces92@hotmail.com

Fecha de recepción: 29 de noviembre de 2017.

Fecha de aceptación: 7 de diciembre de 2017.

Publicación: 31 de diciembre de 2017.